

REAL ACADEMIA  
DE  
CÓRDOBA

COLECCIÓN  
JOSÉ MANUEL  
CAMACHO PADILLA

II

EN TORNO A LA MUJER:  
ESTUDIOS LITERARIOS

M. GAHETE  
JURADO  
Coordinador



2023

# EN TORNO A LA MUJER: ESTUDIOS LITERARIOS



MANUEL GAHETE JURADO  
Coordinador

REAL ACADEMIA  
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE  
CÓRDOBA

2023

**Manuel Gahete Jurado**  
(Coordinador)

**EN TORNO A LA MUJER:  
ESTUDIOS LITERARIOS**

**Real Academia de Córdoba**  
**Excma. Diputación Provincial de Córdoba**  
**Córdoba, 2023**

EN TORNO A LA MUJER: ESTUDIOS LITERARIOS  
(Colección *José Manuel Camacho Padilla II*)

Coordinador científico y editorial:  
*Manuel Gahete Jurado, académico numerario*

Portada: Retrato de D<sup>a</sup> Emilia Pardo Bazán

© De esta edición: Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba

© Los autores del libro

ISBN: 978-84-127942-2-9  
Dep. Legal: CO 2196-2023

Impreso en Litopress. Edicioneslitopress.com. Córdoba

---

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.

**LA CASA DE LA PRIMAVERA (1907) DE MARÍA  
LEJÁRRAGA/GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA Y  
UN CORO DE VOCES POÉTICAS**

**Juana Toledano Molina**  
Académica correspondiente

**Resumen**

Análisis de un volumen de versos, *La casa de la primavera*, publicado en 1907, que se imprimió bajo el nombre de Gregorio Martínez Sierra (1881-1947), aunque la autoría hay que considerarla al menos compartida con su esposa, la escritora María de la O Lejárraga García (1874-1974). En el libro aparecen también composiciones de otros poetas relevantes del momento: Rubén Darío, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Eduardo Marquina, a los que se añaden en ediciones posteriores (1921), Francisco Villaespesa y Enrique Díez-Canedo. *La casa de la primavera* expresa vivencias del hogar y de la naturaleza, habituales en las creaciones de María Lejárraga, que solía publicar sus obras con el nombre de su marido.

**Palabras clave:** María Lejárraga García, Gregorio Martínez Sierra, Juan Ramón Jiménez, *La casa de la primavera*, poesía, Modernismo, siglo XX

**Abstract**

Analysis of a volume of verses, *La casa de la primavera*, published in 1907, which was printed under the name of Gregorio Martínez Sierra (1881-1947), although the authorship must be considered at least shared with his wife, the writer María de la O Lejárraga García (1874-1974). The book also includes compositions by other relevant poets of the moment: Rubén Darío, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez,

Eduardo Marquina, to whom Francisco Villaespesa and Enrique Díez-Canedo are added in later editions (1921). *La casa de la primavera* expresses experiences of home and nature, common in the creations of María Lejárraga, who used to publish her works under the name of her husband.

**Keywords:** María Lejárraga García, Gregorio Martínez Sierra, Juan Ramón Jiménez, *La casa de la primavera*, poetry, Modernism, 20th century

### 1. María y Gregorio: una colaboración singular

A finales de 1907 desaparece una de las grandes revistas del Modernismo hispánico, *Renacimiento*, dirigida por Gregorio Martínez Sierra, reconocido intelectual del momento, destacado especialmente en el ámbito teatral y editorial. En el último número de *Renacimiento* aparece una reseña de Juan Ramón Jiménez, bastante impresionista y amistosa, por cierto, en la que el escritor deja entrever que *La casa de la primavera*, editada por Gregorio Pueyo, es obra de otra persona, señalada con puntos suspensivos, («*La casa de la primavera...* y de Gregorio Martínez Sierra»<sup>1</sup>), bajo los que hay que vislumbrar la figura de María, la esposa de Gregorio, además de otros poetas líricos del momento y, de manera especial, el propio autor de *Platero y yo*.

El dato tipográfico que señalamos no pasa de ser una simple curiosidad o quizás una interpretación subjetiva nuestra, pero creemos que incide en un hecho que ha tenido bastante resonancia en el ámbito de la literatura femenina española: la mayoría de las obras de Gregorio fueron escritas por su esposa María.

Estamos ante un tema del que existe amplia bibliografía, pero nos parece que no está de más ofrecer algún otro dato que incide en la dirección apuntada. De esta manera, algunos críticos veían un marcado feminismo en los textos de Gregorio, una especie de voz femenina latente en la obra, un hecho un tanto desacorde con la figura masculina

---

<sup>1</sup> Juan Ramón Jiménez, «LA CASA DE LA PRIMAVERA... y de Gregorio Martínez Sierra», reseña, *Renacimiento*, núm. 10, diciembre, 1907, p. 747. El texto de Juan Ramón ocupa escasamente dos páginas.

del escritor. Es lo que señala, por ejemplo, Eduardo Gómez de Baquero al reseñar de forma somera una de sus primeras obras: «*Sol de la tarde*, de Martínez Sierra, libro de estilo delicado de miniaturista y del cual emana una suave y atrayente poesía, tal vez algo femenina»<sup>2</sup>. En consecuencia, no puede extrañarnos la confesión de María al respecto, en su libro *Gregorio y yo* (1953), una vez fallecido Gregorio, en 1947, ni las numerosas referencias a peticiones de textos que el escritor le comunica con insistencia y urgencia<sup>3</sup>, cuestiones que confirma la existencia de un documento en el que el dramaturgo y empresario teatral confiesa: «Declaro para todos los efectos legales que todas mis obras están escritas en colaboración con mi mujer, D<sup>a</sup> María Martínez Sierra y García. Y para que conste firmo ésta en Madrid a catorce de abril de mil novecientos treinta»<sup>4</sup>. Además de la firma de Martínez Sierra se incluyen las de dos testigos más que avalan la autenticidad del documento.

Conforme vamos avanzando en el conocimiento de las relaciones literarias de esta pareja de escritores, constatamos que hay más documentos, especialmente cartas, en los que asoma con frecuencia la reiteración de peticiones de Gregorio a María para que escriba, concluya o modifique cualquier texto. Es lo que vemos, por citar un caso más, en la carta de María comunicándole al dramaturgo que ella va a dar los últimos toques a una de sus obras más significativas, *Don Juan de España*, cuando tiene lugar el estreno de la misma en París (hacia septiembre de 1921):

También a mí me pone un poco nerviosa y excitada pensar en D. Juan. Claro que me digo a mí misma que puesto que la obra nos parece buena no debe importarnos el posible fracaso, pero siempre se teme, por sensibilidad epidérmica. / Me falta «el último momento» de D. Juan. Mañana lo haré<sup>5</sup>.

---

<sup>2</sup> Eduardo Gómez de Baquero, «Revista Literaria», «Los Lunes de El Imparcial», *El Imparcial*, 14 de mayo de 1905, p. 3.

<sup>3</sup> Un amplio muestrario de estas cuestiones epistolares en el importante libro de Antonina Rodrigo, *María Lejárraga, una mujer en la sombra*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1992, pp. 210-215.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 232. El documento está reproducido en esa página y también en la sobrecubierta.

<sup>5</sup> *Vid.* Sonia Núñez Puente, «Dos cartas inéditas de María Lejárraga dirigidas a Gregorio Martínez Sierra», *Signa*, núm. 17, 2008, pp. 287-288. El estreno tuvo lugar en

Con relación a Córdoba hay que señalar la amplia introducción al volumen *Julio Romero de Torres*, publicado en la colección de pintores que Gregorio dirigía para la editorial Estrella, en la que figuran también Santiago Rusiñol, Joaquín Sorolla, Eduardo Rosales y otros artistas españoles. Se titula esa introducción «El alma cordobesa de Romero de Torres» y en ella se comentan algunos rasgos que el autor, más bien la autora, cree percibir en nuestra ciudad y en los cuadros de su pintor más característico, del que escribe, en la parte final del texto:

Y, de pronto, me vino a la memoria el deslumbramiento maravillado, que a mis ojos casi de adolescente produjeron los primeros formidables cuadros de Romero de Torres. Y comprendí su hechizo, que yo, ignorante, había creído insincero, y todo mi cuerpo, a voz en grito, proclamó su perfecta “sinceridad”. Sí; siendo cordobés y gran pintor, siendo de su tierra, y sabiendo su oficio como él lo sabe, y queriendo pintar como es su obligación, lo que lleva en la sangre y en el alma, hay que pintar así y hay que pintar eso: la turbadora alquimia de sensualidad y superstición, la luz hecha niebla, la monja y la mujer de placer, la copla que es lamento, porque el alma que va en ella le duele haberse dejado manchar de barro las alas, y no tiene valor para arrancarlas del fangal y levantar el vuelo, la embriaguez de sol y de vino, la madrugada triste porque la media noche quiso ser pecadora, la tristeza, la insondable tristeza andaluza, bajo el cielo azul, bajo el sol de oro...<sup>6</sup>

---

el teatro Eslava, el día 18 de noviembre de 1921. La obra no tuvo el éxito esperado, y así lo comenta la prensa del momento: «Fue aquello una tristísima ruina de ilusiones, que no debe desalentar al selecto dramaturgo, pues si el entusiasmo no comentó su nueva producción, el Arte se estremeció jubiloso y agradecido», M. López Marín, «La hora teatral», *La Hora*, 27 de noviembre de 1921, p. 2. Y el mismo crítico añade luego: «La visión escénica de la nueva obra de Eslava es un alarde abrumador de buen gusto, grandiosidad, riqueza, historia y detalle». Con todo, la obra siguió representándose durante algún tiempo, como comprobamos en otros periódicos de la época. Un análisis de la tragicomedia en Begoña Alonso Monedero, «*Don Juan de España de Martínez Sierra: un mito en la encrucijada de los años veinte*», *Culturas de la seducción*, ed. Patricia Cifre y Manuel González, Salamanca, SELGYC/Universidad, pp. 259-266.

<sup>6</sup> Gregorio Martínez Sierra, «El alma cordobesa de Romero de Torres», *Julio Romero de Torres*, Madrid, Estrella, s. a., pp. 9-10. Nuestro ejemplar carece de fecha, igual que sucede con los volúmenes dedicados a otros pintores, de la misma serie y características, que hemos examinado, una decena aproximadamente, aunque hemos visto

La visión que María tiene de Julio Romero y también de la ciudad, nada elogiosa a nuestro entender, parece ser resultado de la visita que hace a nuestra tierra, en marzo de 1916, acompañando a Gregorio y a Catalina Bárcena, la amante del dramaturgo, para estrenar, con poco éxito, algunas obras teatrales. La situación es de lo más incómoda para la escritora, rayando en lo trágico de las relaciones conyugales de la pareja, y así se lo cuenta a don Manuel de Falla, diciéndole, entre otras cosas:

Málaga y Córdoba han sido para mí lo peor de mi vida. ¡Con qué sinceridad deseaba la muerte, sólo lo sé yo! Madame (es decir, Catalina Bárcena) estaba desatada y este hombre (Gregorio) ciego a cada hazaña suya me daba a mí un disgusto de quejas, como si yo tuviera la culpa de que ella me ofendiese; yo ya no sabía por dónde salir; cada disgusto mío, habilísimamente preparado por ella, era, naturalmente un triunfo suyo...<sup>7</sup>

Esta situación anómala al principio sólo trascendía a los amigos más íntimos, a los más allegados, entre los que se encontraban Manuel de Falla y Juan Ramón Jiménez pero con el paso del tiempo iría am-

---

en internet que está fechado en 1926. El volumen, con láminas sepia de cuadros de Romero, cuenta con otras aportaciones prologales: Ramón del Valle Inclán, Jacinto Benavente, José Nogales y Manuel Abril. Entre los pocos críticos que se ocupan expresamente de Gregorio Martínez Sierra, y no de María Lejárraga, alguno señala el poco interés de este texto sobre Romero de Torres: «No es importante este ensayo. Además es muy breve. Lo cito porque es distinto a todos los que han escrito sobre el famoso pintor andaluz. Para nada entra en análisis de su pintura, como fácilmente pudiera creerse», Andrés Goldsborough Serrat, *Imagen humana y literaria de Gregorio Martínez Sierra*, Madrid, Gráficas Cóndor, 1965, p. 108. Este libro, que nos parece poco conocido y poco citado, tiene el interés de centrarse en Gregorio, como si fuera el autor exclusivo de su obra, y además ha contado para su elaboración con la documentación proporcionada por Catalina Martínez Sierra, hija del escritor y de Catalina Bárcena. La única referencia a María en este libro nos parece irrisoria: «A los veinte años, inesperadamente, (Gregorio) se casa. Su familia es la primera sorprendida. Conoce a la chica porque han sido novios un año, pero no puede esperarse una decisión tan brusca. La chica se llama María de la O Lejárraga, y es profesora de idiomas en una academia de señoritas, donde enseña francés, inglés y ruso», *ibid.*, p. 17.

<sup>7</sup> Antonina Rodrigo, *María Lejárraga, una mujer en la sombra*, op. cit., p. 175. Hay muchas más referencias en el mismo capítulo a la dura situación conyugal de María en esas fechas.

pliándose entre mucha más gente. Quizás el hecho de que Julio Romero pintase un retrato de *María de la O*, hacia 1928, la mujer de Gregorio<sup>8</sup> y posible autora del texto sobre el pintor cordobés, haya que considerarlo como un acto de agradecimiento y reconocimiento de su labor, porque Julio no pinta en ningún momento a Gregorio, aunque también hay retratos de diversos hombres en la creación pictórica de nuestro artista (pensamos en Cristóbal de Castro y en su hijo, el niño Horacio de Castro Carbone, en los toreros Machaquito o Juan Belmonte, del que se incluye en el libro prologado por Martínez Sierra un curioso retrato con el torso desnudo, al parecer ilocalizado en la actualidad), inclinado más el pintor cordobés por la representación de la figura femenina.

Si estas cuestiones de carácter biográfico han sido bien estudiadas, por lo general, no sucede así con el análisis concreto de sus obras, aspecto en el que influye también la cercanía temporal del fallecimiento de ambos, especialmente la muerte de la centenaria María, en 1974, lo que dificulta la difusión de sus textos en los medios de comunicación actuales; de esta manera, en la Biblioteca Nacional de España, no se ofrece al usuario ningún texto digitalizado de la amplia labor narrativa y teatral, y también poética, de estos dos escritores, lo que sin duda dificulta más el acceso de buena parte de los investigadores y del público en general a sus creaciones.

En este sentido, queremos realizar en el ámbito de los estudios literarios actuales una aproximación crítica a una obra curiosa de este curioso matrimonio, un libro de poemas, puesto que pensamos que la creación poética es más breve, menos conocida y atendida que su teatro y su narrativa, géneros que han tenido más suerte en la edición e incluso en la versión cinematográfica de varias de sus obras teatrales más conocidas.

## 2. La aportación poética de Gregorio y María

Los primeros libros poéticos de Gregorio y María están escritos en prosa poética. Al contrario de lo que sucede con Juan Ramón Jiménez,

---

<sup>8</sup> Sobre esta cuestión, cfr. el interesante estudio de Mercedes Valverde Candil, «María de la O Lejárraga (María Martínez Sierra, 1874-1974)», *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, núm. 161, 2012, pp. 55-66.

que evoluciona desde la poesía musical con todos los aditamentos precisos hasta textos prosísticos, como comprobamos en *Diario de un poeta recién casado* (1916) o en el extenso poema *Espacio* (concluido en 1954), en Gregorio y María encontramos en primer lugar varios libros sentimentales, intimistas, alguno de ellos obra exclusiva de Gregorio, al parecer, que utilizan lo que consideramos prosa como forma de expresión.

En la relación de libros incluidos al final de la primera edición de *La casa de la primavera* (1907), se anota lo siguiente: «*El poema del trabajo*. Poemas en prosa... 1898; *Diálogos fantásticos*. Poemas en prosa... 1899; *Flores de escarcha*. Poesías... 1900». Estos tres libros pasan a integrarse en un solo volumen en las ediciones posteriores, por ejemplo, en la de 1921, y el subtítulo de los tres es ahora «Prosa lírica».

Y esto último es lo que encontramos si examinamos directamente el impreso señalado, una serie de textos, bien elaborados, por lo general, sugerentes en muchas ocasiones, pero ajenos al verso. Aportamos, como ejemplo, un fragmento de «La canción de las gotas», del primero de los tres libros, en el que nos parece percibir algunos ecos de los textos breves de Bécquer:

¿Sabéis qué dicen las gotas de agua al suspenderse en las paredes de la gruta para formar la caprichosa estalactita? Cantan y dicen: Somos pequeñas... Pero unidas por simpatía irresistible, formamos el colgante, el racimo de perlas, la aguja de alabastro, y decoramos con arabesco de irisados cristales las bóvedas del misterioso palacio que en las entrañas de la tierra edificaron las hadas... ¡Somos el Arte!

¿Sabéis qué dicen las gotas de agua al deslizarse tembladoras en olas de ternura, de dolor o de angustia, por las mejillas de la humanidad que siente? Éstas no cantan, callan; pero dicen con su mudo lenguaje, con su elocuente e incomprensido silencio... ¡Somos el Alma!<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup> Gregorio Martínez Sierra, *Poema del trabajo. Diálogos fantásticos. Flores de escarcha*, Madrid, Estrella, 1921, p. 31.

La poesía impregna también el teatro inicial de esta pareja, una cuestión de hibridismo genérico que afecta igualmente a muchos otros dramaturgos de primeros de siglo, como Eduardo Marquina, Francisco Villaespesa o Ramón Goy de Silva, los cultivadores del llamado teatro poético. Pero esto lo constatamos no solo en los textos centrales de las piezas dramáticas que firma Gregorio, sino también en los prólogos e interludios que incluyen en el impreso los amigos de María y de Martínez Sierra, estos sí, poetas cultivadores del verso, la rima y la estrofa, con singular calidad y un acusado sentido del ritmo, como Rubén Darío o Juan Ramón Jiménez, a los que encontraremos también, con la misma función enriquecedora, en *La casa de la primavera*.

El ejemplo más visible de esta colaboración entre dramaturgos y poetas lo encontramos en el libro titulado *Teatro de ensueño*, publicado en 1905 y que alcanza la tercera edición en 1911. La portada es claramente orientadora en lo que respecta al contenido y expresa lo siguiente: «G. Martínez Sierra. *Teatro de ensueño*. Melancólica sinfonía de Rubén Darío. Ilustraciones líricas de Juan R. Jiménez» (Renacimiento, 1911).

Y, efectivamente, Rubén está presente con una introducción en prosa, en contra de lo que pudiera sugerir el término «sinfonía» (el gran poeta nicaragüense tiene un hermoso poema, «Sinfonía en gris mayor», incluido en *Prosas profanas*, 1896, que recuerda la «Sinfonía en blanco mayor», de Gautier). Pero lo que nos parece especialmente relevante es la pequeña colección de poemas de Juan Ramón, nueve en total, que acompañan las cuatro obras teatrales del volumen, que termina con un texto juanramoniano más, «La oración por las novias tristes».

Citemos, como ejemplo, una de las composiciones que nos parecen más conseguida y más divulgada luego en antologías poéticas, incluso con música del maestro Pedrell:

Novia del campo, amapola  
que estás abierta en el trigo;  
amapolita, amapola,  
¿te quieres casar conmigo?

Te daré toda mi alma,  
tendrás agua y tendrás pan,  
te daré toda mi alma,  
toda mi alma de galán.  
Tendrás una casa pobre,  
yo te querré como a un niño,  
tendrás una casa pobre  
llena de sol y cariño.  
Yo te labraré tu campo,  
tu irás por agua a la fuente,  
yo te regaré tu campo  
con el sudor de mi frente.  
Amapola del camino,  
roja como un corazón,  
yo te haré cantar al son  
de la rueda del molino;  
yo te haré cantar, y al son  
de la rueda dolorida,  
te abriré mi corazón,  
¡amapola de mi vida!  
Novia del campo, amapola,  
que estás abierta en el trigo;  
amapolita, amapola,  
¿te quieres casar conmigo?<sup>10</sup>

Este poema parece conectado luego con la figura de María, a la que Juan Ramón designa con el nombre de la misma flor campestre, en el poema prologal del lírico andaluz a *La casa de la primavera*:

¡Ay, Gregorio! los días han pasado. Nosotros  
éramos dos hermanos y el jardín nos unía...  
Libros, flores y músicas. Después vinieron otros...

---

<sup>10</sup> Gregorio Martínez Sierra, *Teatro de ensueño*, Madrid, Renacimiento, 1911, pp. 73-74. En el texto se han incorporado los signos iniciales de interrogación, que Juan Ramón no utiliza, y se han eliminado los espacios que separan las estrofas. El poema sirve de introducción a la parte titulada *Tiempo de amapolas*, de la primera pieza, *Pastoral*.

Y María, tres veces amapola, María,  
agua y lira tres veces, la que llevó al poeta  
como un niño a través de estos parques de llanto,  
tendrá un rosa o un oro en vez de aquel violeta  
del corazón florido que la quería tanto...<sup>11</sup>

Lo cierto es que en este volumen aparece un visible tono lírico, con escenas apacibles, interiorizadas, en las que los elementos de la naturaleza están muy presentes. Las acotaciones dramáticas de estas obritas de *Teatro de ensueño* (cuatro en total, *Por el sendero florido*, *Pastoral*, *Saltimbanquis* y *Cuentos de labios en flor*) y otras similares, aparecen muy marcadas por la poesía, y resultan imposibles de tener en cuenta en una representación normal, como sucede con otros cultivadores del teatro de comienzos de siglo, entre los que se encuentra el Valle-Inclán de la primera época.

He aquí una acotación perteneciente a *Saltimbanquis*, pieza dedicada a Santiago Rusiñol y que luego se convirtió en zarzuela, con el título de *Las golondrinas*, con música del maestro Usandizaga. En conjunto, parece más bien una indicación espiritual para un teatro destinado sólo a la lectura, no a la representación:

¿Qué dice la hora de atardecer a las almas tocadas de melancolía? Acaso alguna oración tan triste como sus tristezas. Parece que fuese el crepúsculo una música suave que va subrayando palabra por palabra los pensamientos de aquellos que mirándole piensan. Su hálito es como perfume de flor marchita que engendra suspiros, como cosquilleo de recuerdos, que hace saltar lágrimas. Las nubes que corren bajo el cielo pálido parece que están locas, y que caminan sin saber adonde, huyendo su destino. ¡Con qué solemnidad sobre el cielo, morado a poniente, a oriente verdoso, se destacan las negras siluetas! Es triste la luz que ya no hace sombras. ¡Qué crudamente triunfa en los aires la orgullosa veleta del campanario! La del pueblo aquel, en la tarde aquella, es una cruz; una cruz que tiene nimbo de agudos

---

<sup>11</sup> Gregorio Martínez Sierra, *La casa de la primavera*, Madrid, Estrella, 1921, p. 13. Utilizamos la tercera edición de la obra por ser más completa que las anteriores; las restantes referencias al poemario se hacen mediante la indicación, en el cuerpo del texto, de la página correspondiente.

dardos, y al pie, como saeta indicadora, un reptil retorcido y fantástico, que robó a los vientos todas sus contorsiones.<sup>12</sup>

### 3. Un libro en verso: *La casa de la primavera* (1907)

La forma de composición de esta colección estaba ya diseñada en el volumen de *Teatro de ensueño* y, en *La casa de la primavera*, no hace más que intensificarse. Hay ahora seis grandes poetas en la introducción (Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Eduardo Marquina, Francisco Villaespesa y Enrique Díez-Canedo, los dos últimos incorporados a la tercera edición) a los versos propios de Gregorio y de María, en un recurso que recuerda mucho a lo que se hacía habitualmente en las ediciones de impresos del Siglo de Oro, pero además hay en el interior una correspondencia lírica entre Juan Ramón y Gregorio, que abarca una parte completa del libro y, lo que nos parece más significativo, está escrito en verso, más o menos conseguido, en su totalidad y dedicado en su integridad a María.

La mano de Juan Ramón está, además, presente en otras muchas cuestiones que afectan al producto final, como la sugerencia del título o la motivación inmediata que llevó a Gregorio a componer la obra. La gran amistad que unía al poeta de Moguer con los Martínez Sierra, y que fue tan bien estudiado en su momento por Ricardo Gullón, es un hecho a tener en cuenta en todo lo que afecta a *La casa de la primavera*. Era frecuente que Juan Ramón sugiriese títulos para los libros que los amigos iban publicando, y eran muchos a lo largo del tiempo, unos dos por año, más de veinte desde el comienzo de su colaboración en los albores del siglo XX.

Así le escribe Gregorio solicitándole título para el libro que nos ocupa, en carta de 1907:

Casi he terminado el libro, y le llevaré a la imprenta dentro de pocos días. Quiero que quede impreso antes de mi veraneo, aunque no se pondrá a la venta hasta Septiembre. Le hago esta advertencia para que me mande usted cuanto antes la poesía prometida que ha de ir al frente.

---

<sup>12</sup> Gregorio Martínez Sierra, *Teatro de ensueño*, op. cit., pp. 116-117.

Y ahora otro encargo. Necesito título, por no variar. Yo tenía uno –*La visita del sol*– pero se ha adelantado Canedo. Mándeme muy pronto una de esas sartas que a usted le nacen. Cuantos más, mejor, porque utilizaré algunos para las distintas partes del libro. Ya supondrá usted que todos los versos son serenos, optimistas.<sup>13</sup>

Y en otra carta algo posterior, de agosto de 1907, le agradece el envío de los títulos que puede llevar la colección de versos:

Títulos: me gusta *La soledad sonora* más que ninguno (Será luego el título de una conocida colección de Juan Ramón, aparecida en 1908); pero están más en carácter *Palacio de primavera*, *Primavera romántica* y *El oro alegre*. Todos son estupendos.<sup>14</sup>

Elige Martínez Sierra uno de los sugeridos, *Palacio de primavera*, aunque algo modificado y mejorado: *La casa de la primavera*.

En cuanto a la motivación inmediata de la composición del libro, el mismo Juan Ramón pone en boca de Gregorio unas palabras sobre la cuestión, en la reseña del volumen, que mencionábamos al comienzo:

Él mismo nos lo ha contado: «Una dulce noche de abril, volviendo lentamente de un teatro, con mi mujer, con mis amigos, parecióme tan amable la vida, bajo la tibieza de un cielo con luna, entre la suavidad de un aire donde estaba el corazón fragante de las primeras violetas, que hice versos, por fuerza, para cantar mi buena ventura...» Pensad en estas palabras: «con mi mujer, con mis amigos...» Un hombre que, en medio de la juventud, puede escribir: «mi mujer, mis amigos», vive, indudablemente, en la casa de la primavera.<sup>15</sup>

Y nadie mejor que una persona tan sensible como el poeta andaluz para comunicarnos los rasgos esenciales del libro, según la misma breve reseña:

---

<sup>13</sup> Ricardo Gullón, *Relaciones amistosas y literarias entre Juan Ramón Jiménez y los Martínez Sierra*, Puerto Rico, Ediciones de la Torre, 1961, p. 59.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 65.

<sup>15</sup> Juan Ramón Jiménez, “LA CASA DE LA PRIMAVERA... y de Gregorio Martínez Sierra”, reseña, *Renacimiento*, núm. 10, diciembre, 1907, p. 747.

La casa de la primavera. Se abre el libro, y todo está lleno de pájaros que cantan. «!Primavera del alma y del mundo!», dijo Benavente, en un verso abierto como un corazón, o como una frase de Schubert. Casa... Primavera... ¡qué palabras! Parece que se llena la boca de flores... Y luego, una mujer que, cuando estrecha nuestra mano, hace como que se la lleva al alma; risa para la risa, sonrisa para la lágrima, don de emoción, rosas de amistad, felicidad quieta entre paredes grises, felicidad errante por el florecimiento de oro de las sendas. Sobre la vida blanca, digo, sobre la página blanca, el arte en paz. ¡Libro sin mancha!

Leyéndolo, las palpitations de este pobre corazón se han ido serenando, porque las palabras son claras y buenas, y tienen una santa lentitud de arado, de rebaño, de barca, de arroyo, y cantan, y consuelan, y ayudan a los que sufren mucho, con el cuento de sus organillos de alegres felices... Y los versos son así, felices, claros, santos, de día de abril, de domingo de infancia, de oro, sin dolor, como una copla de cristal cantada por una niña, como la sonata de una fuente de campo, versos aprendidos en la boca de la flauta de un pájaro feliz –¡tú lo encontraste, poeta!– que se posó, un día, en el pino de la puerta.<sup>16</sup>

También por esta correspondencia personal, en este caso con María, sabemos que «la casa de la primavera», el hogar madrileño de la pareja, existió realmente, aunque tuvieron que abandonarlo y mudarse a otro lugar: La carta es del 11 de abril de 1910: «A pesar de mi enojo, escribo para decirle a usted que ya no hay Casa de la primavera. Nos vamos de Velázquez, 76. En otoño buscaremos nuevo domicilio»<sup>17</sup>.

Y, en alguna de las cartas, se nos deja vislumbrar lo que, con el paso del tiempo, va a ser el drama familiar de María: la relación de Gregorio con Catalina Bárcena, unas situaciones marcadas por la ingenuidad inicial que se convertirán en un hecho dramático y doloroso conforme avanza el tiempo. María escribe a Juan Ramón, hacia diciembre de 1906, cuando lleva unos seis años casada con el empresario teatral (habían contraído matrimonio el 30 de noviembre de 1900):

---

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 748.

<sup>17</sup> Ricardo Gullón, *Relaciones amistosas y literarias entre Juan Ramón Jiménez y los Martínez Sierra*, *op. cit.*, p. 106.

Algo hay de eso que usted dice de té y palcos: el Sr. Martínez Sierra está echadísimo a perder, porque todas las actrices de la Comedia son guapas, y han dado en la gracia de abrazarle por los pasillos; pero yo tengo un traje de terciopelo negro —¿no se anima usted a venir a verle?— y una cocinita de gas donde salen las chuletas a la parrilla con una espiritualidad asombrosa. Con estas armas, no temo rivales: como además hace sol casi todos los días, el tiempo va pasando casi de prisa.<sup>18</sup>

¿El libro de 1907, dedicado a María, como hemos dicho, no es una especie de compensación espiritual que inventa Gregorio para el consuelo de su esposa legítima en tanto que él empieza a caer en las redes de la Bárcena? En conjunto, y sobre todo en su primera parte, es un canto al hogar feliz, sencillo, burgués, riente, a la esposa tranquila, a la naturaleza apacible, algo que no durará mucho porque, para 1910, como hemos visto en la carta de esa fecha, la casa se ha ido desintegrando, al igual que lo había hecho todo lo referente a la misma, sobre todo, la felicidad de la esposa.

La recopilación abarca cinco partes: «Los romances del hogar», «Las ciudades románticas», «Paisajes espirituales», «El mensaje de las rosas», con dos largas epístolas de Gregorio a Juan Ramón y de este último al autor del libro, subtitulada en este caso «Por su carta de primavera y de cariño», a lo que se añade una sección final, «Las horas».

Como ejemplo de la poesía de las cosas cotidianas que predomina sobre todo en la primera parte, recordemos un fragmento de «La casa embrujada», que también llamó la atención de Pere Gimferrer en una conocida antología de poesía modernista:

¿Quién vivirá en la casa que fue nuestra?  
Acaso una familia  
burguesa: un padre grave,  
una madre dolida  
por muchos años de vivir sin sueños,  
dos o tres muchachitas  
de las que rezan, bordan, se componen,  
se asoman al balcón, pasan la vida

---

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 94.

aguardando a ese novio que no llega,  
con el alma dormida  
entre el tedio y la frívola esperanza  
de un moño o de una cinta.  
¡Qué largos y con qué color de tierra  
deben pasar los días  
sobre los corazones no embrujados  
por la fragante sinrazón divina,  
por la música del claro de luna,  
por el fuego del sol a mediodía,  
por el perfume de las flores nuevas,  
por la inquietud sonora de la rima!...  
¡Ay, corazones malaventurados!  
¡Ay, almas sin espina  
de soñado imposible! ¡Ay, aguas muertas,  
vidas sin flor de pena ni alegría!  
¿Habrà hecho el tedio nido en nuestra casa  
donde aún sonará el eco de tu risa?  
¿No habrá ilusiones donde tantos versos  
nos despertaron a ilusión un día?  
¿Amanecerá, y no habrá un alma-pájaro  
que bendiga la vida?  
¿Se pondrá el sol, y no habrá un alma-fuente  
que lllore en cristalina perlería  
el doliente misterio de la tarde?  
No, por cierto: prendida  
en las paredes grises  
dejó nuestra locura su semilla,  
y ella ha de florecer. ¿Cuándo? (pp. 97-98)

«Las ciudades románticas» nos parecen creaciones líricas marcadas por el signo del decadentismo, un tanto a la sombra de la famosa narración *Brujas, la muerta* (1892), de George Rodenbach. Son cinco poemas en torno a cinco ciudades europeas antiguas (Brujas, Colonia, Toledo, Ávila y Salamanca), que, a su vez, están dedicados a cinco mujeres importantes de aquellas fechas, como la actriz María Guerrero. Veamos un fragmento de la evocación de Colonia, compuesta en pareados:

Las nevadas de marzo hicieron tregua un día,  
y nuestra ilusionada barca que se perdía  
soñando, entre las brumas de la tierra germana,  
detúvose a la orilla del Rhin una mañana.  
Y acertó a ser domingo. Y en el cielo pascual  
había una sonora locura de cristal:  
la voz de las campanas que llamaban a misa,  
piadoso comentario a la vernal sonrisa  
del sol y a la cerúlea serenidad del río.  
Colonia está de fiesta. ¡Canta, corazón mío!  
Colonia está de fiesta, y el Rhin está de oro.  
Diríase, en el aire donde resuena el coro  
de bronce eclesiásticos, la evocación lejana  
de una devota urbe en tierra castellana.  
—Ávila la romántica, o Toledo, o León,  
donde los fieles van a misa y al sermón.— (pp. 109-110)

Un fragmento más, ahora tomado de la sección «Paisajes espiritua-  
les», en torno al viento, nos ayuda a hacernos una idea más o menos  
adecuada de las cualidades estéticas y métricas de este poemario.

¡Cómo suena el viento!  
Hablemos del viento.  
Digamos que el viento es un alma loca,  
o el desatinado gemir de una boca  
de gigante enfermo.  
Sopla sobre el yermo  
de nuestra Castilla, hoy, treinta de junio,  
y aullará esta noche bajo el plenilunio.  
¡Oh, can agorero,  
deja mi sendero!  
¿No sabes que junio es mes de azucenas,  
y que la fragancia de sus almas buenas  
encanta, depura  
y trae a dulzura  
aullidos de canes y lobos feroces?  
En la noche cálida de junio no hay voces  
de brujas, ni espantos, ni cuentos de miedo.

Huele a madre selvas, reza el amor quedo,  
suspira callando el que tiene pena;  
óyele la luna, y como es tan buena,  
le dice bajito: –No llores, hermano.– (pp. 167-168)

Y, aunque la mayor parte de los poemas están escritos en verso libre, con tendencia al prosaísmo, los autores nos ofrecen también muestras rimadas y formas métricas clásicas, como comprobamos en uno de los sonetos dedicados al sol, el primero de la serie, en el que el tema de Castilla, tan querido por los noventayochistas, está presente:

Porque he nacido en tierra de Castilla,  
donde tú eres el único ornamento,  
llevo embrujado todo el pensamiento  
por tu filtro de luz, y la semilla  
de una locura ilusionada brilla  
eternamente en mi cantar. Sediento  
me tienes, sol, de sol, y a fuego  
lento mi alma se dora en ti como la arcilla  
de esta parda llanura castellana,  
de esta llanura austera y franciscana,  
de esta llanura, que es como una boca  
muerta de besos, y por besos loca.  
Mi alma se dora en ti, vibra en el oro  
de tu triunfo como un yunque sonoro. (pp. 135-136)

## 5. Las opiniones de la crítica

Cuando apareció la obra, las críticas publicadas en los periódicos españoles fueron, en la mayoría de los casos, bastante buenas. No en vano el autor que aparecía en la portada era uno de los personajes más influyentes en el mundo de la cultura de los años iniciales de siglo, tanto en el ámbito de la edición de los libros y de las revistas poéticas más cuidadas (*Helios*, *Renacimiento*...), como en el terreno teatral, con bastantes obras publicadas y algunas estrenadas. Hay, sin embargo, alguna voz disonante, que pone una nota de humor en el asunto.

Un crítico anónimo publica en la primera página de *El País*, del 25 de noviembre de 1907, un breve comentario en torno al libro recién

aparecido, en un apartado titulado «Versos nuevos», que incluimos completo aquí por su brevedad y porque nos parece un tanto ecuánime y objetivo:

Además de las traducciones de Cañedo, de las cuales hemos ya hablado, del hermoso libro del inspiradísimo Antonio Machado (se trata de *Soledades, galerías y otros poemas*) y de los *Versos viejos* de Cavestany, no tan malos como se ha dado en decir hasta por quienes no los han leído, se han publicado estos días más libros de versos.

Martínez Sierra, joven escritor a quien no se le puede negar una cualidad sumamente laudable, la de amar el trabajo, ha publicado con el título de «La Casa de la Primavera», una colección de poesías.

Va precedida, a manera de prólogo, de una composición poética de Rubén Darío, *Balada en honor de las musas de carne y hueso*, en la cual se elogia y se aconseja a Gregorio Martínez Sierra;

Gregorio, nada el cantor determina  
como el gentil estímulo del beso;  
gloria al sabor de la boca divina.  
¡La mejor musa es la de carne y hueso!

Juan R. Jiménez también pone unos versos en el umbral de «La Casa de la Primavera». E igual ofrenda hacen al autor, los poetas Antonio Machado y Eduardo Marquina.

En «La Casa de la Primavera» hay cuatro estancias, muy distintas unas de otras: «Los romances del hogar», «las ciudades románticas», «paisajes espirituales», «el mensaje de las rosas y las horas», que a veces parecen obras de distintos poetas.

Hay que admirar el esfuerzo de Martínez Sierra, y hay que elogiarle por algunas delicadezas y ternuras, y por mil rasgos de fantasía que hay en sus poesías, no todas ciertamente iguales en mérito, ni libres de defectos.

Uno de los críticos más reputados del momento, Pedro González Blanco, escribe una reseña bastante más sustanciosa que la anterior y, en muchas ocasiones, resalta los aspectos que todavía pueden tener

interés para el lector actual de la obra. Y así escribe, en *El Heraldo de Madrid*, correspondiente al 5 de diciembre de 1907, página 2:

voy a discurrir un poco sobre la poesía nueva de este poeta realista, y a dar en compendio las razones que me asisten para creer en la legitimidad y belleza de esa poesía. Abro el libro y leo:

Nuestra casa es alegre  
como un cascabel lleno  
de música, y serena  
como noche de Enero.  
Son las paredes grises,  
mas el Sol está preso  
en ellas y las dora con su risa,<sup>1</sup>  
que sin duda le place el cautiverio  
de gris y blanco y paz. Romanticismos  
de que ni el Sol se libra en estos tiempos.

Y yo os digo: en verdad que esta es una poesía sana porque es poesía solar, matinal, auroral. En la poesía española esta nota del florecimiento de la mañana, de la clara alegría que surge a la luz radiante del Sol, es absolutamente nueva. Esta poesía de un poeta que, para hablarnos de su casa, dice:

La casa, nuestra casa, huele a incienso  
y a flores; hoy violetas,  
mañana rosas, y claveles luego;  
huele a sándalo, a albahaca, a mejorana,  
a menta, como aquellos  
jardines de la Sierra, donde, niños,  
cuando la procesión del Corpus, hemos  
ido a cortar hojas de lirio y yerbas  
de buen olor, para alfombrar el suelo.

El poeta, siendo un hombre culto y refinado, imbuido de modernidad, parece aquí un campesino que va cogiendo por los campos flores, y tejiendo con ellas guirnaldas de imágenes líricas.

Hay un dulzor, una suavidad, que parece emanada de los cuadros de Fray Angélico; todas las poesías están nimbadas de un aura de luz, como la luz celeste, y casi inmaterial.

Y añade más adelante:

Martínez Sierra es de los poetas que se gozan en imágenes mañaneras y fragantes.

¡Oh, cantilena de agua en noria!  
¡Oh, misterio y dulzura de asturiana  
romería! ¡Oh, trinar de ruiseñores!  
¡Lluvia de abril, rapsodia de campanas  
en el Sábado Santo! Que todo esto  
es tu alegría inagotable, rara  
flor que nace en el valle de tu frente  
— aun cuando no haga sol — cada mañana,  
y, para contemplar el mundo, sale,  
medio dormida aún, a las ventanas  
maravillosas de tus ojos negros.

Todas sus imágenes son de este tono tan cristalino; son de este sabor, tan fragante...

Y concluye:

Todo está en todo, y todo en el poema  
del humilde vivir, es buena estrofa  
si el alma emocionada la comenta.

Y a quien con esta recitación no se convenza de la soberanía de Martínez Sierra como poeta no sé qué hacerle, si no es recomendarle que se atiborre de odas de D. Juan Nicasio Gallego y poesías líricas del señor marqués de Campos.

Tenemos noticia de otras críticas igualmente positivas, de José Francés, Rafael Cansinos-Assens o Enrique Díez-Canedo, entre otros, pero queremos acabar con las opiniones de la parte contraria, tal como las recoge Nilo Fabra, por ejemplo, en el diario madrileño *El Mundo*, del 23 de noviembre de 1907, en la página 2, del cual incluimos el texto completo, puesto que nos parece significativo y marcado por la más risueña ironía:

Este Gregorio Martínez Sierra es enorme. Incansable trabajador, hizo gala durante varios años de una fecundidad maravillosa. Libros y más libros, artículos y más artículos, hemos gozado y padecido en el transcurso de un tiempo relativamente breve. Los escaparates de las librerías—de nuevo y de viejo—no dejan nunca de lucir algún tomito, acicalado y pulcro, de tan brillante escritor; las hojas literarias de todos los periódicos de España y América se honran de continuo con la prosa limpia y remilgada del sucesor de Pérez Nieva. En diez años, 22 volúmenes publicados, perfectamente espirituales todos, y cuyos títulos, cursilitos y ramplones, son trasunto fiel de la persona de su autor: *Flores de escarcha*, *Horas de sol*, *Sol de la tarde*, *Café de la noche*. *Motivos*, etc., etc.

Y ahora, para remate de tan sugestiva lista, entrega a las cariñosas manos de Pueyo un volumen de versos: *La casa de la primavera*. El ritmo fue la obsesión constante de este constante laborador. Por una sola poesía rimada a la manera de Darío, hubiese dado, si no sus traducciones de Rusiñol, al menos la tercera parte de su producción prosaica. Pero, desgraciadamente, posee una oreja tan dura, tan incapaz de percibir un verso, que cuantos esfuerzos de voluntad realizó resultaron inútiles. Y el hombre, bien a pesar suyo, se había ya resignado a proseguir toda su vida en la provechosa tarea del artículo, el cuento y la novela.

La aparición en *El Imparcial* de la *Epístola a madame Lugones*, de Rubén, le hizo, sin embargo, concebir nuevas esperanzas, trocadas hoy en realidades. Aquellos alejandrinos sin cesura —el primer hemistiquio terminado por un monosílabo o reunido con el segundo dentro de una palabra— estaban al alcance de sus fuerzas. Para hacer versos en esa forma puede prescindirse del oído; basta con sumar las sílabas con los dedos. Y, ni corto ni perezoso, enjaretó otra epístola a su amigo Juan R. Jiménez, que seguramente habrá empeorado en su incurable neurastenia.

El Sr. Martínez Sierra olvida que Rubén Darío es en la actualidad el maestro de la versificación castellana; que de una manera maravillosa ha empleado todos los ritmos clásicos de nuestro lenguaje, y que cuantas novedades ha introducido en la métrica las ha hecho para enriquecerla y para demostrar sus condiciones de excepcional rimador. Olvida esto y tiene la audacia de imitar lo inimitable, morti-

ficando de paso a ese sencillo Juanito Jiménez, tan estimable poeta como empedernido melancólico.

Debió quedar muy satisfecho Gregorio cuando terminó su epístola. ¡Ya hacía versos! ¡Ya era poeta! E inmediatamente, tendiendo la vista a su alrededor, contempló su hogar: su hogar burgués, tranquilo, ordenado... Y se dijo: —¡Ya tengo libro!

Cogió luego la pluma con cierto temblor nervioso y enumeró títulos de futuras y admirables poesías: *La casa*. *La mesa*, *La amada hace encaje de bolillos*, *El día está de amor de Dios*, *El poeta canta a los pies de la amada*. *Hablemos del viento*. Después, trabajosa, fatigosa y voluntariosamente, con labor de hormiga incansable e irreductible, compuso el libro.

*La casa de la primavera* está muy bien puesta, según se desprende de la lectura de varias poesías—por este detalle felicito muy cordialmente al Sr. Martínez Sierra.—Además está soleada, cosa muy saludable, y además no es exclusivamente poética, como parece deducirse del tono general del libro. En dicha casa se cuida mucho de asunto tan prosaico y nutritivo como es la mesa; se come muy bien, y es muy limpia la vajilla. Su dueño nos lo cuenta sin dar importancia al autobombo, y lo confirma mi buen amigo Eduardo Marquina en una bella poesía de salutación al autor. Vuelvo a felicitar al Sr. Martínez Sierra.

Debo declarar que he leído todo el tomo. —Dios me lo tome a cuenta de mis pecados, que son muchos. —Y debo declarar que leída una poesía pueden considerarse leídas las restantes.

Todo es uno y lo mismo. Vulgaridad, ñoñez, insignificancia. No hay un solo verso en que aparezca el poeta; no hay una sola estrofa en que luzca el versificador los esplendores de su rima.

A una labor analítica realizada de buena fe no resistiría ni un verso. Al azar encuentro el siguiente ¿endecasílabo? que nos da una idea del oído de su autor:

El sollozar de un violín lejano.

No hay sinalefa posible; ese violín no se le alarga a Martínez Sierra aunque lo esté tocando toda su vida.

Si las instituciones en general se ocupan poco por la difusión de la literatura canónica, reservada casi exclusivamente a los nombres masculinos, es todavía muy largo y proceloso el camino por recorrer para situar en este mismo plano la literatura escrita por mujeres. Cualquier esfuerzo en este sentido siempre será tan justo como necesario. Este es el principal objetivo de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba al compilar esta edición acerca de algunas de las muchas mujeres que fueron obliteradas en el orden canónico; mujeres de singular relevancia cuya reivindicación es inexcusable; mujeres que merecida y paulatinamente van ocupando los lugares que les corresponden en todos los ámbitos de la sociedad y la vida.

Manuel Gahete Jurado  
Coordinador

